

# TEMPLO HERMANA TERESA

"Mensaje que se iba a leer este jueves  
de celebración"

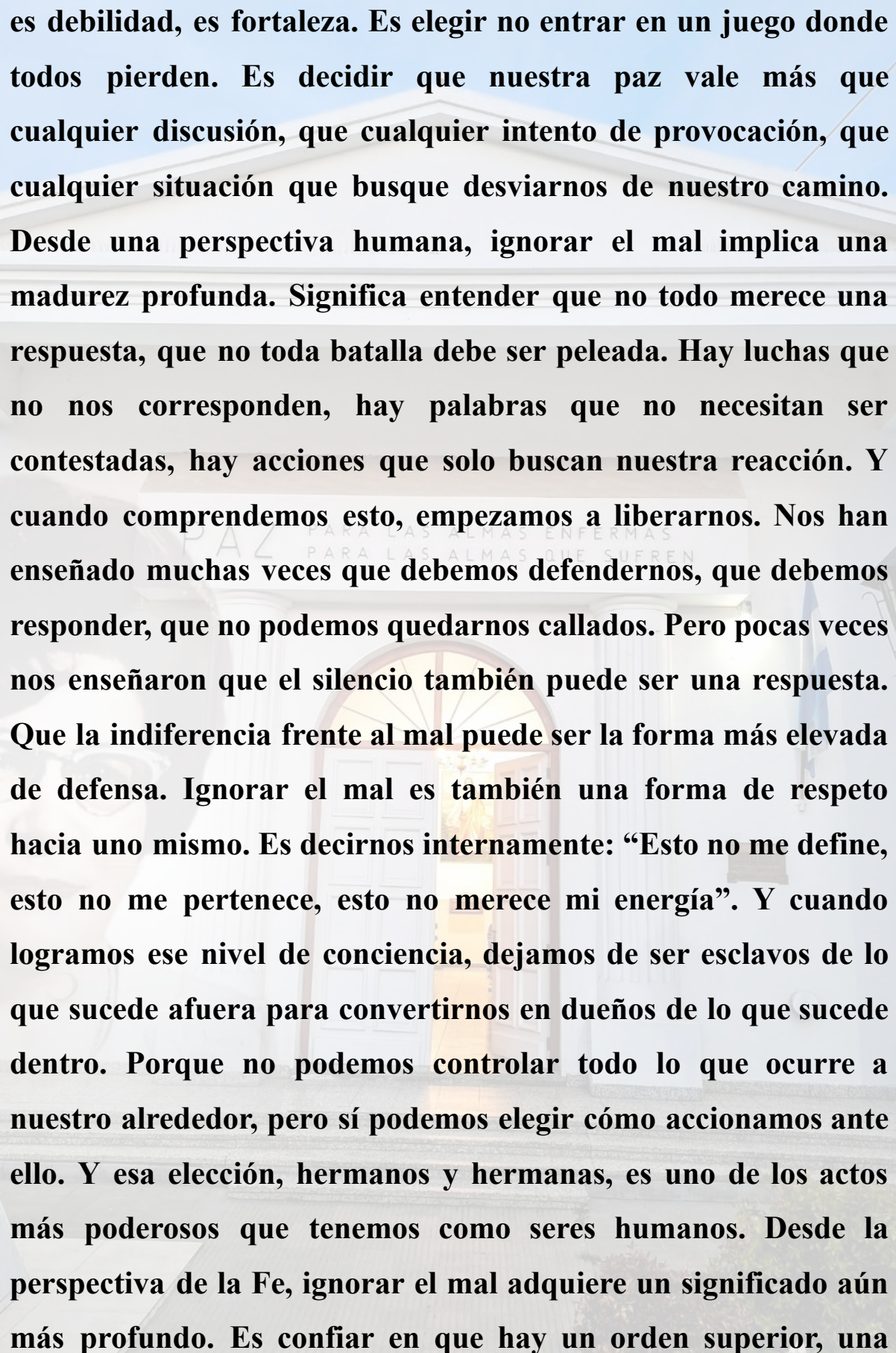
07/05/2026

PAZ PARA LAS ALMAS ENFERMAS  
PARA LAS ALMAS QUE SUFREN

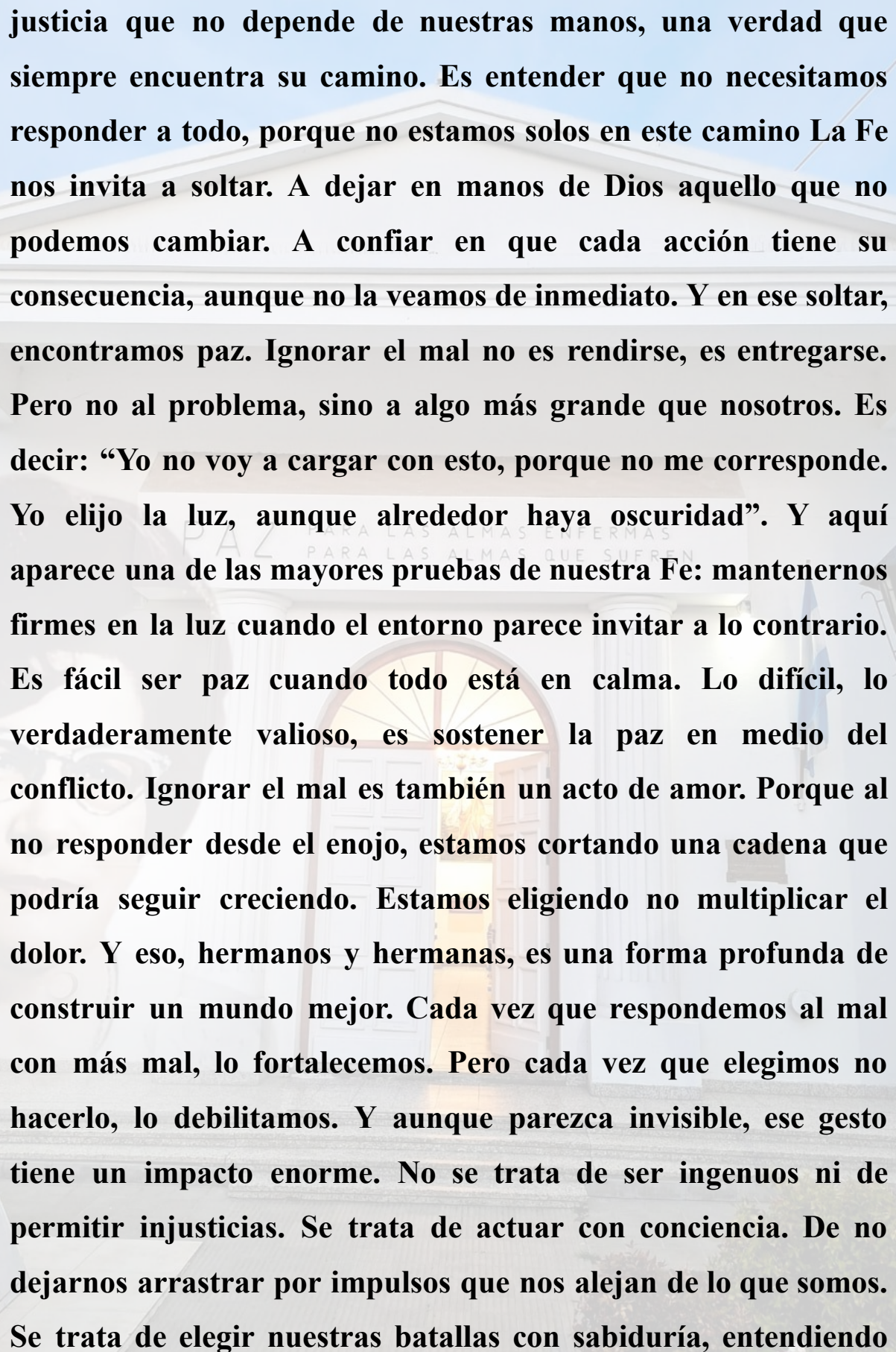


# **“Mensaje que se iba a leer este jueves de Celebración”**

**Queridos hermanos y hermanas, Hoy nos reunimos en esta Celebración Milagrosa de la Hermana Teresa para reflexionar sobre una idea que puede parecer sencilla en palabras, pero profundamente transformadora en la vida: al mal hay que ignorarlo. Vivimos en un mundo donde constantemente somos puestos a prueba. No siempre en grandes batallas visibles, sino en pequeños momentos cotidianos donde el mal se presenta disfrazado de enojo, de crítica, de injusticia, de palabras hirientes o de actitudes que buscan alterar nuestra paz. Y es en esos momentos donde se define quiénes somos realmente, no por lo que decimos, sino por lo que elegimos hacer. Ignorar el mal no es negarlo. No es mirar hacia otro lado como si no existiera. Ignorar el mal es no permitirle ocupar un lugar en nuestra alma. Es no darle el poder de transformarnos en aquello que no queremos ser. Es una decisión consciente, profunda y valiente. Porque el mal, hermanos y hermanas, necesita de nosotros para crecer. Necesita de nuestra reacción, de nuestra ira, de nuestro enojo. Se alimenta de nuestras respuestas impulsivas, de nuestras palabras cargadas de dolor, de nuestras acciones nacidas desde la herida. El mal no se sostiene por sí solo. Se sostiene cuando encuentra eco en nosotros. Por eso, ignorarlo no**

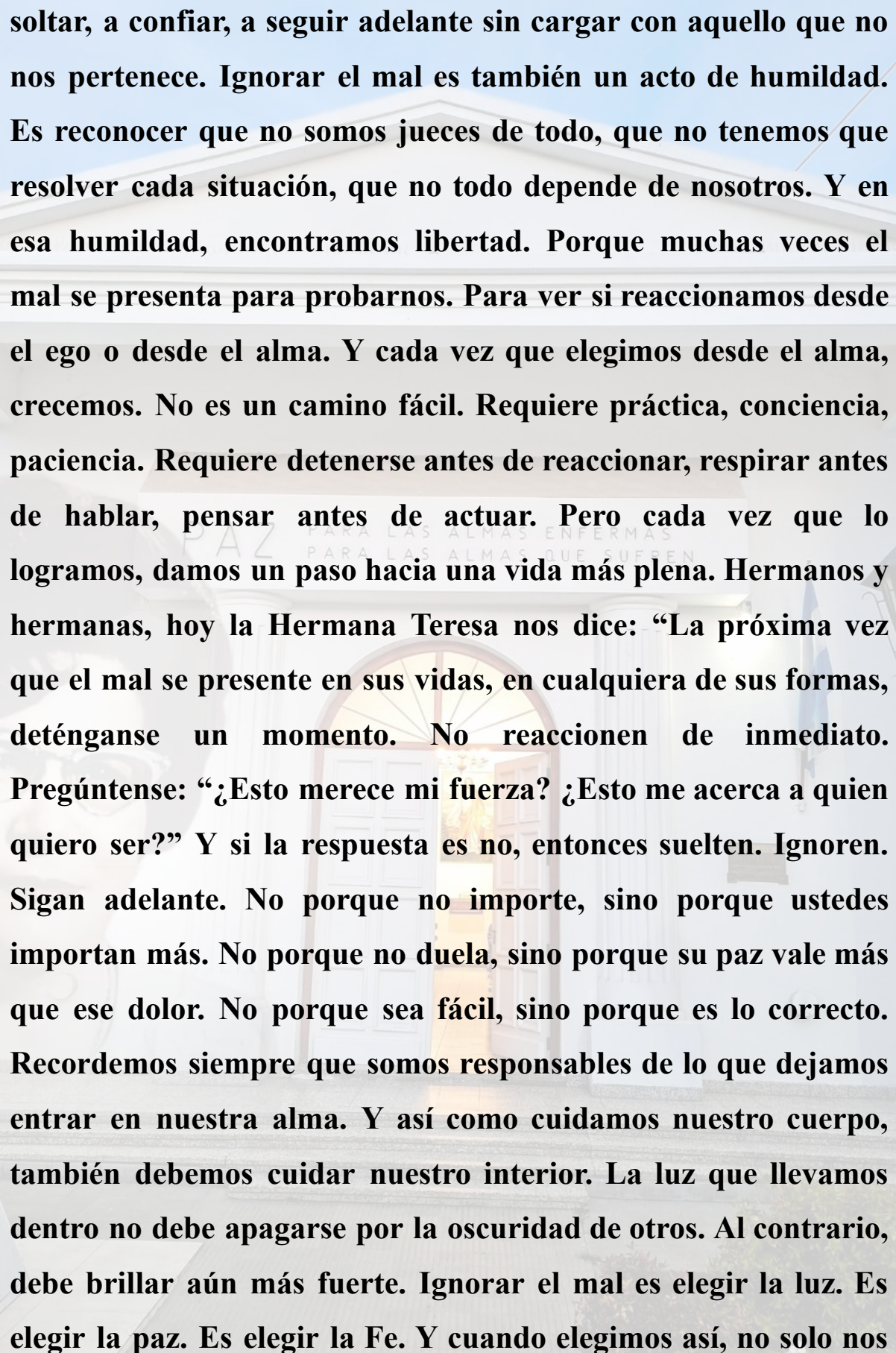


**es debilidad, es fortaleza. Es elegir no entrar en un juego donde todos pierden. Es decidir que nuestra paz vale más que cualquier discusión, que cualquier intento de provocación, que cualquier situación que busque desviarnos de nuestro camino. Desde una perspectiva humana, ignorar el mal implica una madurez profunda. Significa entender que no todo merece una respuesta, que no toda batalla debe ser peleada. Hay luchas que no nos corresponden, hay palabras que no necesitan ser contestadas, hay acciones que solo buscan nuestra reacción. Y cuando comprendemos esto, empezamos a liberarnos. Nos han enseñado muchas veces que debemos defendernos, que debemos responder, que no podemos quedarnos callados. Pero pocas veces nos enseñaron que el silencio también puede ser una respuesta. Que la indiferencia frente al mal puede ser la forma más elevada de defensa. Ignorar el mal es también una forma de respeto hacia uno mismo. Es decirnos internamente: “Esto no me define, esto no me pertenece, esto no merece mi energía”. Y cuando logramos ese nivel de conciencia, dejamos de ser esclavos de lo que sucede afuera para convertirnos en dueños de lo que sucede dentro. Porque no podemos controlar todo lo que ocurre a nuestro alrededor, pero sí podemos elegir cómo accionamos ante ello. Y esa elección, hermanos y hermanas, es uno de los actos más poderosos que tenemos como seres humanos. Desde la perspectiva de la Fe, ignorar el mal adquiere un significado aún más profundo. Es confiar en que hay un orden superior, una**

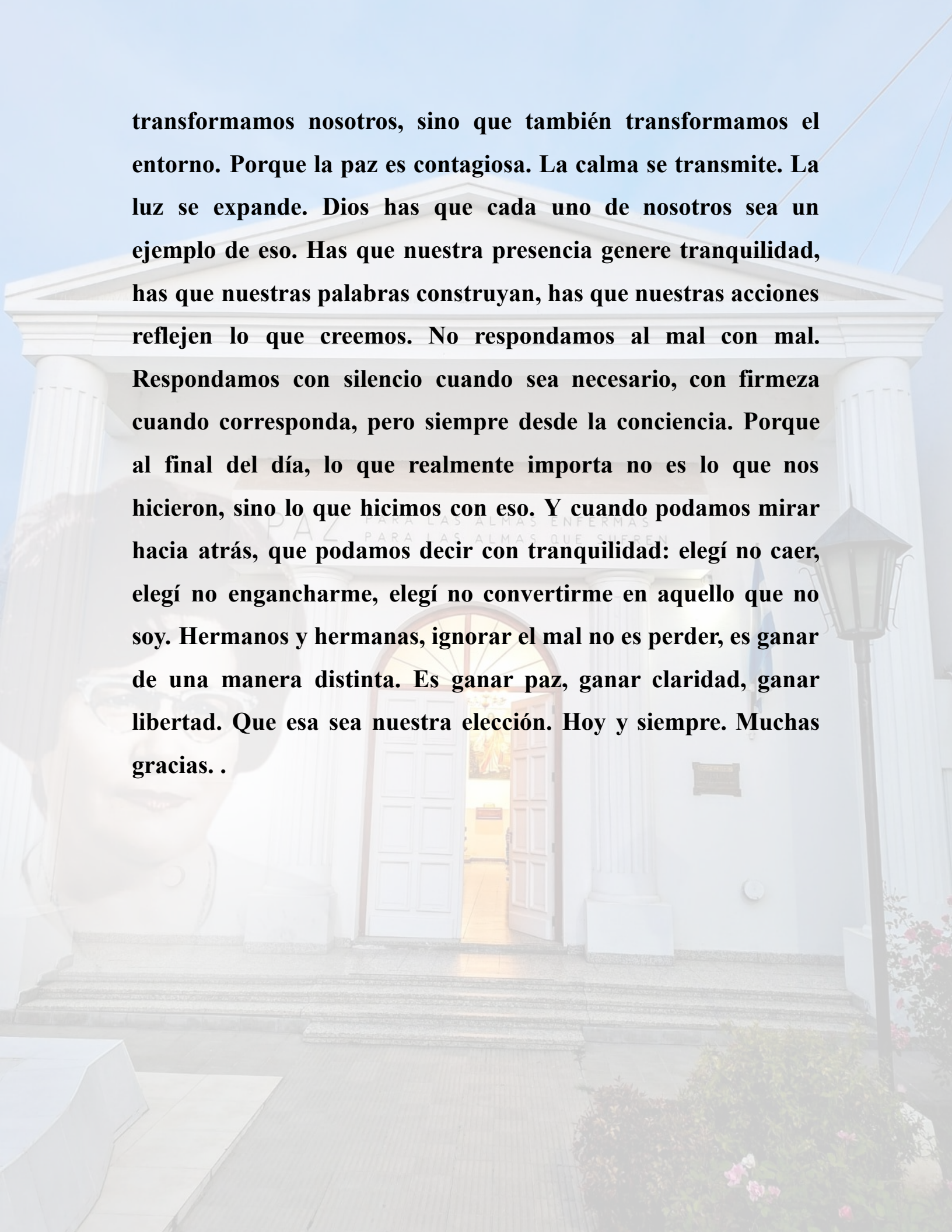


**justicia que no depende de nuestras manos, una verdad que siempre encuentra su camino. Es entender que no necesitamos responder a todo, porque no estamos solos en este camino La Fe nos invita a soltar. A dejar en manos de Dios aquello que no podemos cambiar. A confiar en que cada acción tiene su consecuencia, aunque no la veamos de inmediato. Y en ese soltar, encontramos paz. Ignorar el mal no es rendirse, es entregarse. Pero no al problema, sino a algo más grande que nosotros. Es decir: “Yo no voy a cargar con esto, porque no me corresponde. Yo elijo la luz, aunque alrededor haya oscuridad”. Y aquí aparece una de las mayores pruebas de nuestra Fe: mantenernos firmes en la luz cuando el entorno parece invitar a lo contrario. Es fácil ser paz cuando todo está en calma. Lo difícil, lo verdaderamente valioso, es sostener la paz en medio del conflicto. Ignorar el mal es también un acto de amor. Porque al no responder desde el enojo, estamos cortando una cadena que podría seguir creciendo. Estamos eligiendo no multiplicar el dolor. Y eso, hermanos y hermanas, es una forma profunda de construir un mundo mejor. Cada vez que respondemos al mal con más mal, lo fortalecemos. Pero cada vez que elegimos no hacerlo, lo debilitamos. Y aunque parezca invisible, ese gesto tiene un impacto enorme. No se trata de ser ingenuos ni de permitir injusticias. Se trata de actuar con conciencia. De no dejarnos arrastrar por impulsos que nos alejan de lo que somos. Se trata de elegir nuestras batallas con sabiduría, entendiendo**

**Que la verdadera victoria no es vencer al otro, sino no perderse a uno mismo. ¿Cuántas veces hemos sentido la necesidad de responder? ¿Cuántas veces hemos querido defendernos, justificar, explicar? Y sin embargo, cuando el tiempo pasa, muchas de esas situaciones pierden importancia. Lo que queda no es lo que dijimos, sino cómo nos sentimos con lo que hicimos. Por eso, ignorar el mal es también una inversión en nuestro bienestar. Es cuidar nuestro equilibrio, nuestra paz interior. Es no permitir que lo externo determine nuestro estado interno. Hermanos y hermanas, el mal siempre va a existir. No podemos eliminarlo del mundo, pero sí podemos decidir qué lugar ocupa en nuestra vida. Y esa decisión es nuestra, todos los días. Podemos elegir engancharnos o soltar. Podemos elegir reaccionar o responder con conciencia. Podemos elegir alimentar el conflicto o apagarlo con nuestra actitud. La paz no es la ausencia de problemas, es la capacidad de mantenernos firmes en medio de ellos. Y esa capacidad se construye con decisiones pequeñas, repetidas en el tiempo. Decisiones como ignorar aquello que no suma, aquello que no construye, aquello que solo busca destruir. No todo merece nuestra atención. No todo merece nuestra palabra. No todo merece nuestra energía. Y cuando entendemos esto, empezamos a vivir de otra manera. La Fe nos recuerda que hay una fuerza mayor que nos guía, que nos sostiene, que nos protege. Y cuando confiamos en esa fuerza, dejamos de sentir la necesidad de controlar todo. Aprendemos a**



**soltar, a confiar, a seguir adelante sin cargar con aquello que no nos pertenece. Ignorar el mal es también un acto de humildad. Es reconocer que no somos jueces de todo, que no tenemos que resolver cada situación, que no todo depende de nosotros. Y en esa humildad, encontramos libertad. Porque muchas veces el mal se presenta para probarnos. Para ver si reaccionamos desde el ego o desde el alma. Y cada vez que elegimos desde el alma, crecemos. No es un camino fácil. Requiere práctica, conciencia, paciencia. Requiere detenerse antes de reaccionar, respirar antes de hablar, pensar antes de actuar. Pero cada vez que lo logramos, damos un paso hacia una vida más plena. Hermanos y hermanas, hoy la Hermana Teresa nos dice: “La próxima vez que el mal se presente en sus vidas, en cualquiera de sus formas, deténganse un momento. No reaccionen de inmediato. Pregúntense: “¿Esto merece mi fuerza? ¿Esto me acerca a quien quiero ser?” Y si la respuesta es no, entonces suelten. Ignoren. Sigán adelante. No porque no importe, sino porque ustedes importan más. No porque no duela, sino porque su paz vale más que ese dolor. No porque sea fácil, sino porque es lo correcto. Recordemos siempre que somos responsables de lo que dejamos entrar en nuestra alma. Y así como cuidamos nuestro cuerpo, también debemos cuidar nuestro interior. La luz que llevamos dentro no debe apagarse por la oscuridad de otros. Al contrario, debe brillar aún más fuerte. Ignorar el mal es elegir la luz. Es elegir la paz. Es elegir la Fe. Y cuando elegimos así, no solo nos**



**transformamos nosotros, sino que también transformamos el entorno. Porque la paz es contagiosa. La calma se transmite. La luz se expande. Dios has que cada uno de nosotros sea un ejemplo de eso. Has que nuestra presencia genere tranquilidad, has que nuestras palabras construyan, has que nuestras acciones reflejen lo que creemos. No respondamos al mal con mal. Respondamos con silencio cuando sea necesario, con firmeza cuando corresponda, pero siempre desde la conciencia. Porque al final del día, lo que realmente importa no es lo que nos hicieron, sino lo que hicimos con eso. Y cuando podamos mirar hacia atrás, que podamos decir con tranquilidad: elegí no caer, elegí no engancharme, elegí no convertirme en aquello que no soy. Hermanos y hermanas, ignorar el mal no es perder, es ganar de una manera distinta. Es ganar paz, ganar claridad, ganar libertad. Que esa sea nuestra elección. Hoy y siempre. Muchas gracias. .**